

Preocupaciones ciudadanas ¿economía o política?

JOSÉ ANTONIO CRESPO

La percepción ciudadana sobre el principal problema del país, en un momento determinado, permite estimar por dónde está flaqueando la gestión estatal en sus múltiples facetas. O al menos indica en qué renglón no ha podido el gobierno dirigir su aparato publicitario con eficacia. En los datos que aquí se presentan sobre la visión ciudadana del principal problema que enfrenta el país, llama la atención, en primer término, la gran importancia que se concede a la contaminación, un problema nacional, sin duda, pero que ha llegado a niveles de emergencia visible sólo en algunos puntos específicos del país, en la capital de la república, desde luego. Es probable que la gravedad que ha alcanzado este asunto en el Distrito Federal, en particular hace algunos meses, haya permeado la opinión de todo el país. Quizás los habitantes del interior, impresionados con las imponentes cifras de contaminación capitalina, temen que poco a poco se configure un perfil similar en otras ciudades del país. Como quiera, no deja de ser paradójico que los numerosos premios internacionales concedidos a nuestros gobernantes por su lucha contra la contaminación, no hayan logrado mitigar la ansiedad ciudadana al respecto. En seguida puede notarse que, en bloque, la problemática económica es la que más pesa en las mentes de los mexicanos (34.5 por ciento) aunque desglosada en puntos concretos, estos guarden un peso diferenciado. El desempleo, espina que sigue clavada en la economía nacional, absorbe el mayor porcentaje en este ámbito. La economía, vista como problema global, provoca también desasosiego en muchos. Los recientes focos rojos macroeconómicos empiezan a llamar la atención y, probablemente, a generar una nueva oleada de inquietud. Esto es comprensible dado que el declive del actual sexenio parece haber comenzado, independientemente de qué tan pronunciado llegue a ser al finalizar. En cambio, otros temas económicos provocan inquietud en segmentos menores. La inflación, en tanto sigue en niveles aceptables -al menos en las cifras oficiales- muestra un porcentaje menor. Lo mismo ocurre con la deuda externa, pese a que ese problema, lejos de haberse aminorado, ha vuelto a acentuarse. La poca atención que este asunto le merece a los ciudadanos se explica probablemente por el éxito publicitario de la negociación de 1989. Todo indica que el principal logro de aquel arreglo consistió en sacar del debate cotidiano el enorme peso que todavía representa el endeudamiento externo para el país.

Los temas de índole política ocupan muy poca atención ciudadana, en comparación con los asuntos económicos (14.9 por ciento). No es de extrañar. La ciudadanía de todo el mundo suele percibir a la política como un medio para la solución de otros problemas más directamente vinculados con su vida y bienestar, que como un fin en sí mismo o como un problema por derecho propio. En general, el ciudadano recurre a la acción política cuando ha percibido que las autoridades fallan en el cumplimiento de sus tareas básicas, cuando son víctimas de abusos directos por parte de las instancias públicas, o cuando logran percibir la borrosa conexión entre forma de gobierno y bajo desempeño económico y social. Ese último vínculo suele hacerse más visible cuando los problemas económicos han alcanzado altos niveles de gravedad.

Pero en tanto el Estado logre manejar las tareas de crecimiento y promoción socio-económica -o hacer creer que lo hace- la política queda temporalmente fuera de la óptica ciudadana. La corrupción, que también es consecuencia de la estructura política, aunque no exclusivamente de ella, reclama mayor atención por sí misma. La falta de pulcritud en los manejos públicos no logra escapar a la atención ciudadana. De cualquier forma, pareciera que mientras la economía funcione bien, entonces la ciudadanía muestra una mayor tolerancia hacia la corrupción (de manera parecida a lo que ocurre con el fraude electoral, que, finalmente, constituye otra faceta de la corrupción pública). Pero cuando las cosas se complican en lo económico, entonces el peculado provoca una enorme indignación ciudadana.

El privilegiar la economía como problema por encima de la política sugiere que la principal fuente de legitimación estatal sigue siendo su desempeño. Quizás esa fue una de las conclusiones más claras que arrojaron los comicios legislativos de 1991, sumamente tibios frente a la euforia y agitación que mostraron las elecciones federales tres años antes. De cualquier manera, habrá que observar la evolución de esta relación entre percepción política y desempeño económico conforme el sexenio se aproxime a su término. Si los problemas económicos se agravan, como muchos temen, entonces probablemente la agitación política vuelva a aparecer.

Finalmente, no puede pasarse por alto el bajo porcentaje de quienes se inquietan por uno de los problemas estructurales más profundos de este país: la pobreza. Pese a su enorme magnitud y las amplias capas de población que afecta, sólo el 3 por ciento de la población le concede prioridad frente a otros

problemas. Quizás el gran aparato publicitario montado alrededor del Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol), provoque en la ciudadanía la sensación de que semejante problema no es tan grave, o que pronto dejará de serlo. Pero el problema persiste, y ciertamente no tiene una solución fácil ni rápida.

El autor es polilólogo e investigador del Centro de Investigación y Docencia Económica.

